

Capítulo 1

*M*aximillian Burke era un hombre malísimo.

Mientras veía cómo un hilillo de humo se elevaba desde el cañón de la pistola que empuñaba, intentó descubrir cuándo exactamente había asumido el papel de villano de aquella farsa en la que se había convertido su vida. Siempre había sido el honorable, el formal, el que sopesaba con todo cuidado cada paso que daba para evitar hasta la posibilidad de un tropezón. Se había pasado la vida entera luchando por ser el hijo del que cualquier padre se habría sentido orgulloso. El hombre con el que cualquier madre querría ver casada a su hija.

Al menos, eso era lo que creía todo el mundo.

Era su hermano menor, Ashton, quien iba por ahí metiéndose en trifulcas, desafiando a duelo a bocazas borrachos, y el que alguna que otra vez se había enfrentado a un pelotón de fusilamiento por robarle una preciosa reliquia, o una mujer, a algún potentado de Oriente Medio. Ahora, sin embargo, Ash se hallaba cómodamente instalado en Dryden Hall, la casa solariega de la familia, con su enamorada esposa y su charlatana y linda hijita. Una hija que, según se rumoreaba, había sido agraciada con el cabello rubio y los ojos verdes y risueños de su madre. Una hija que debería haber sido suya.

Maximillian cerró los ojos un momento, como si al hacerlo pudiera borrar la imagen de la sobrina a la que nunca conocería.

Mientras su hermano disfrutaba de la felicidad doméstica que él debería haber compartido con la mujer a la que había amado casi toda su vida, él se hallaba en un escarchado prado de Hyde Park al amanecer, con las lujosas botas hundidas en la hierba mojada y el

hombre al que acababa de disparar tendido en el suelo, gimiendo, a veinte pasos de distancia. Ash se habría reído de su aprieto, a pesar de que lo habían causado los infundios vertidos por un borracho sobre el buen nombre de su cuñada.

Max parecía incapaz de recordar que ya no le concernía a él defender el honor de Clarinda.

Cuando abrió los párpados, sus ojos grises parecieron tan duros como el pedernal.

—¡Levántese y deje de gimotear, cretino! —ordenó al hombre que seguía revolcándose en la hierba—. La herida no es mortal. Sólo le he rozado el hombro.

Agarrándose el brazo con los dedos manchados de sangre, el joven lechuguino lo miró con reproche. Su respiración entrecortada y el temblor de su labio inferior hicieron temer a Max que estuviera a punto de romper a llorar.

—No hace falta que se ponga tan grosero, milord. Aun así duele de lo lindo.

Max exhaló un suspiro exasperado, entregó la pistola al teniente de la Compañía de las Indias Orientales al que había convencido casi a la fuerza para que fuera su padrino y cruzó la hierba con paso firme y tranquilo.

Ayudó al herido a levantarse, haciendo un enorme esfuerzo por no apretar en exceso su mano.

—Le va a doler aún más si se queda ahí tendido, gimoteando, hasta que venga un alguacil y nos mande a los dos a Newgate por batirnos en duelo. Probablemente se le infectará con tanta mugre y acabará perdiendo el brazo.

Mientras cruzaban la hierba húmeda, el joven se apoyó pesadamente en él.

—No era mi intención ofenderle, milord. Habría creído que me daría las gracias en lugar de dispararme por tener la osadía de decir en voz alta lo que todo el mundo lleva tiempo murmurando a sus espaldas. Es cierto que la dama en cuestión lo dejó plantado ante el altar. ¡Y por su hermano de usted, nada menos!

Max despojó deliberadamente su voz de toda emoción, consciente del efecto helador que surtía siempre entre sus subordinados.

—Mi cuñada es una dama de extraordinario coraje y temple moral excepcional. Si me entero de que vuelve a hablar mal de ella, aunque no sea más que un murmullo, iré detrás de usted y acabaré lo que hemos empezado aquí hoy.

El muchacho se sumió en un torvo silencio. Max lo dejó en manos de su padrino, que se había puesto muy pálido, y del cirujano que rondaba por allí. Aliviado por verse libre de él, apoyó las manos en las caderas y los vio cargar al necio petimetre en su carruaje de alquiler.

Si no hubiera estado borracho como una cuba cuando había oído a su infortunado rival contar a sus amigos en voz alta que Ashton Burke, el legendario aventurero, se había casado con la fulana de un sultán, jamás habría desafiado a aquel zoquete en duelo. Lo que de verdad necesitaba el chico era una buena azotaina antes de que lo mandaran a la cama sin cenar.

A pesar de los pesares, Max tenía que reconocer que despojarse de su heroica fachada era casi liberador. Cuando eras un villano, nadie te miraba de reojo si frecuentabas sórdidos tugurios de juego, si bebías demasiado brandy u olvidabas atarte la corbata con un nudo impecable. Nadie murmuraba a escondidillas si el pelo sin cortar se te rizaba sobre el borde del cuello de la camisa, o si hacía tres días que no te afeitabas.

Frotó con desgana la barba áspera y negra como la carbonilla que asomaba en su mandíbula y se acordó de un tiempo en que habría despedido a su ayuda de cámara sin una carta de recomendación por permitirle aparecer en público con semejante facha.

Desde que había renunciado a su ambicionado sillón en la Junta de Directores de la Compañía de las Indias Orientales, después del escándalo que durante meses había sido la comidilla de la alta sociedad, ya no se veía forzado a mantener penosas y educadas conversaciones con quienes buscaban su favor. Ni tenía que aguantar a cretinos gentilmente, aunque de muy mala gana. Al contrario: ahora todo el mundo se escabullía a su paso para evitar el cáustico azote de su lengua y el desdén que ardía constantemente en sus ojos del color del humo. La gente no tenía forma de saber que su desprecio no iba dirigido contra ellos, sino contra el hombre en el

que se había convertido: el hombre que siempre había sido en secreto, detrás de la máscara de respetabilidad que lucía en público.

Prefería que lo temieran a que se apiadaran de él. Además, su ferocidad desalentaba a las mujeres bienintencionadas a las que le parecía inconcebible que un hombre que había sido uno de los partidos más deseados de Inglaterra durante más de una década, hubiera sido despreciado sin ceremonias por su prometida. Aquellas mujeres estaban ansiosas por atribuirle el papel de héroe doliente, de hombre que recibiría con agrado sus cloqueos de compasión y sus zalameros intentos de reconfortarlo, tanto en los salones de baile como entre las sábanas de sus camas.

Meneando la cabeza, asqueado, Max giró sobre sus talones y echó a andar hacia su carruaje. Tenía que salir de Londres o acabaría matando a alguien y lanzando un oprobio aún mayor sobre el buen nombre de su familia y sobre su propio título. Y casi con toda probabilidad ese alguien sería él mismo.

El teniente devolvió la pistola a su estuche de caoba y salió al trote detrás de Max.

—¿Mi-mi-mi-milord? —preguntó con un tartamudeo que evidenciaba su nerviosismo—. ¿A-a-adónde?

—Al infierno, seguramente —contestó Max sin aflojar el paso—. Lo único que queda por ver es cuánto tardaré en llegar.

Capítulo 2

Annie! ¡Annie! ¡Tienes que ver una cosa!

Anne Spencer sacó la cabeza del horno de hierro forjado cuando el joven Dickon, larguirucho y rebosante de entusiasmo, entró corriendo en la cocina de Cadgwyck Manor. Con su techo bajo, sus vigas vistas, su enorme chimenea de piedra y sus esteras de trapo descoloridas esparcidas aquí y allá, la cocina era con mucho la estancia más acogedora de la vieja casona recorrida por corrientes de aire, y aquélla en la que sus moradores preferían pasar la mayor parte de su tiempo libre.

—Cuidado con lo que dices, muchacho —lo regañó Annie mientras sacaba una gran paleta de madera del horno y la acercaba a la recia mesa de pino, sobre cuyo tablero arañado depositó dos hogazas de pan recién hecho coronadas por una dorada y mantecosa corteza.

Como nunca había soñado con sobresalir en una tarea tan doméstica, no pudo resistirse a admirar su obra un momento. Sus primeras tentativas de hacer pan habían dado como resultado que el antiguo fogón arrojara negras nubes de humo antes de expectorar algo que parecía más bien un amasijo de sebo achicharrado que algo comestible por el ser humano.

Cuando por fin fijó su atención en Dickon, el chico estaba brincando de emoción.

—¿Cuántas veces te he dicho lo importante que es que conserves la costumbre de llamarme «señora Spencer»?

—¿Hasta cuando no hay nadie que pueda vernos?

—¿Vino? No hay vino, jovencito, y aunque lo hubiera eres demasiado pequeño para beberlo.

Se volvieron los dos a mirar a la anciana que se balanceaba en una mecedora, en el rincón de la cocina. Nana los miró entornando sus ojos pitañosos, sin que el alegre tamborileo de sus agujas de calceta cesara ni un instante pese a sus dedos retorcidos y sus nudillos hinchados. Hacía mucho tiempo que habían dejado de intentar adivinar qué estaba tejiendo. Quizás hubiera empezado siendo una media o una bufanda, pero ahora se extendía como una cola tras ella cuando Nana caminaba arrastrando los pies, y se hacía más larga cada vez que Anne arañaba unos peniques para comprarle en el mercado otra madeja de lana.

Anne cruzó una mirada divertida con Dickon antes de responder a voz en grito:

—Descuida, Nana. Aquí nuestro pequeño Dickon siempre ha preferido el coñac al vino.

Nana resopló, divertida por la broma, y siguió tejiendo. Tal vez le estuviera fallando el oído, pero su mente seguía siendo tan afilada como un clavo.

Anne dejó a un lado la paleta, se sacudió las manos y señaló con la cabeza hacia el orondo chucho que dormitaba sobre la estera más próxima al hogar.

—Puede que Nana esté demasiado sorda para oírte, pero ¿qué me dices del bueno de *Pipí*? Siempre ha sido un cotilla insaciable.

Pipí, fruto más bien poco agraciado y arisco de los devaneos amorosos entre un doguino y un *bulldog*, levantó su hirsuta cabeza lo justo para lanzarles un bufido desdeñoso por la chata nariz y a continuación volvió a hacerse un ovillo. Anne señaló después al gato tricolor que se comportaba como si el raído cojín de la otra mecedora fuera su trono particular.

—Y luego está *Sir Almohadillas*. ¿Quién sabe qué secretos sería capaz de revelarles ese granuja a sus numerosas amantes para que se quiten los pololos?

Dickon la miró arrugando la nariz moteada de pecas por el sol.

—Eso es una tontería. Todo el mundo sabe que los gatos no llevan pololos. Sólo llevan pechera, botas y mitones.

Riendo, Anne revolvió con cariño el pelo ya irremediablemente enredado del chico.

—Bueno, ¿qué tesoro me traes hoy? ¿Otro huevo de dinosaurio, quizás, o el cadáver momificado de alguna musaraña que encontró su trágico destino entre las garras implacables de *Sir Almohadillas*?

Dickon la miró con reproche.

—No dije que fuera un huevo de dinosaurio. Dije que los dinosaurios tenían un montón de cosas en común con los pájaros.

Cuando el muchacho se metió la mano en la chaqueta, Anne retrocedió por pura costumbre. Había aprendido por experiencia que convenía palparle los bolsillos en busca de serpientes, ranas, ratones o cualquier otro reptil o roedor capaz de provocar en Lisbeth o en alguna de las criadas más escrupulosas un auténtico ataque de pánico. Su sonrisa se borró cuando la mano pecosa de Dickon apareció con un cuadrado de vitela de aspecto caro, sellado con una gota de lacre rojo.

—Nos estaba esperando en el pueblo.

Anne le quitó la carta, casi deseando que fuera una serpiente.

Sabía, también por experiencia, que el correo rara vez traía buenas noticias. Un rápido vistazo a las aristocráticas señas de Bond Street que figuraban en el dorso de la misiva le confirmó que ese día no iba a ser una excepción.

Tal y como se temía, la carta no iba dirigida a ella, sino al señor Horatio Hodges, el mayordomo y amo y señor de la casa cuando no estaba en ella su actual propietario.

Haciendo caso omiso de ese detalle, Anne metió una de sus uñas rotas bajo el sello de lacre y desdobló la hoja de papel de color crema. Mientras leía el contenido de la carta, su rostro pareció revelar mucho más de lo que deseaba, pues Dickon le quitó de inmediato la misiva de las manos y luchó por descifrar la elegante caligrafía, moviendo los labios al leer. Anne lo había enseñado pacientemente a leer, tarea nada fácil teniendo en cuenta que el chico prefería de lejos vagar por los páramos o andar trepando por empinados acantilados en busca de olvidadas cuevas de contrabandistas o nidos de cormoranes.

A pesar de su escasa habilidad para la lectura, Dickon no tardó mucho en entender la gravedad de la situación. Cuando levantó la vista para mirarla, el desaliento había ensombrecido sus ojos de color caramelo.

—¿Vamos a tener un nuevo señor?

—¿Un dolor? —preguntó Nana casi gritando, sin dejar de mover sus agujas—. ¿Quién tiene un dolor?

—Eso parece —contestó Anne amargamente mientras se quitaba una mancha de harina de la mejilla colorada. Dado que había jurado que ningún hombre sería nunca su señor, no se le escapó lo irónico de su situación—. Me había hecho ilusiones de que nos dejaran un tiempo a nuestro aire.

—No pongas esa cara de preocupación, Annie. Digo, señora Spencer.

A la exaltada edad de doce años, Dickon se consideraba un hombre hecho y derecho, más que capaz de cuidar de todos ellos.

Anne se preguntó si la culpa era suya por haberlo obligado a madurar demasiado deprisa.

—Dudo que el caballero se quede aquí lo suficiente para darnos problemas. Tardamos poco en librarnos del último, ¿no?

Una sonrisa reticente se dibujó en los labios de Anne al recordar la estampa de su anterior amo corriendo a todo correr por la colina, camino del pueblo, como si la Bestia de Bodmin Moor le pisara los talones. Puesto que había jurado públicamente no volver a pisar la finca, Anne había dado por descontado que vendería la mansión o que se la cedería a algún pariente incauto. Sólo que no esperaba que fuera tan pronto.

—Y también estuvo el penúltimo —le recordó Dickon.

En aquel caso, sólo por los pelos se habían librado de una investigación oficial. El alguacil del pueblo miraba de reojo a Anne cuando iba a comprar al mercado los viernes, lo que la obligaba a lucir su sonrisa más candorosa.

—Eso no fue cosa nuestra, exactamente —le dijo a Dickon—. Y creía que habíamos acordado no volver a hablar de él. Que Dios se apiade de su alma lasciva —masculló en voz baja.

—Pues si quieres que te diga mi opinión —añadió Dickon sombríamente—, ese bribón tuvo lo que se merecía.

—A ti nadie te ha preguntado. —Anne le arrancó la nota de las manos para leerla más detenidamente—. Por lo visto nuestro nuevo amo es un tal lord Dravenwood.

Algo en aquel apellido hizo que un escalofrío de mal agüero recorriera su espalda. Antaño tal vez habría reconocido el nombre, habría sabido quiénes eran el padre, la madre y los primos terceros de aquel caballero. Pero los linajes nobiliarios inmortalizados entre las páginas del anuario *Debrett* habían cedido lugar hacía tiempo dentro de su cerebro a información de índole más práctica, tal como la forma de sacudir el polvo de siglos de una alfombra de salón o cómo aderezar un montoncillo de magras codornices para que dieran de comer a diez sirvientes hambrientos.

Achicó los ojos intentando leer entre líneas, pero nada en la carta del abogado del conde daba pistas acerca del carácter de su nuevo señor o de si llegaría acompañado por su esposa y media docena de mimados chiquillos. Con un poco de suerte sería un borrachín panzudo y aquejado de gota, chocho y medio inválido por haberse regalado en exceso, durante décadas, con riquísimos bizcochos de ciruela y coñacs de sobremesa.

—Oh, no —susurró, y el temor oprimió su pecho cuando posó la mirada en la fecha pulcramente escrita en lo alto de la página.

La había pasado por alto para leer el resto de la carta.

—¿Qué pasa?

Dickon empezaba a parecer otra vez preocupado.

Anne fijó en la cara del chico sus ojos angustiados.

—La carta está fechada hace casi un mes. El correo debe de haber tardado mucho en llegar al pueblo. Lord Dravenwood no tiene que llegar a la mansión dentro de una semana. Tiene que llegar... ¡esta noche!

—Maldita sea —masculló Dickon.

Anne podría haberle reprendido por soltar aquel juramento si las palabras del chico no hubieran sido un reflejo fiel de lo que ella misma sentía.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dickon.

Anne recobró la compostura y se guardó la carta en el bolsillo del delantal mientras su mente trabajaba a marchas forzadas.

—Trae a Pippa y a los demás enseguida. No tenemos un segundo que perder si queremos darle a nuestro nuevo amo la bienvenida que merece.

Capítulo 3

*E*l viaje al infierno era mucho más corto de lo que esperaba Max. Al parecer, la morada de los condenados no se hallaba en las profundidades estigias del inframundo, sino en la costa suroeste de Inglaterra, en un lugar agreste y ventoso que los paganos habían bautizado con el nombre de Cornualles.

Mientras su carruaje alquilado avanzaba sacudiéndose por los extensos pedregales de Bodmin Moor, la lluvia laceraba las ventanillas y los truenos gruñían a lo lejos. Max retiró la cortina de terciopelo que cubría la ventana y entornó los párpados para escudriñar la oscuridad de más allá. Vislumbró fugazmente su propio reflejo ceñudo antes de que el violento destello de un relámpago mostrara en diáfano relieve el siniestro paisaje. El relámpago se desvaneció tan rápidamente como había llegado, volviendo a sumir los páramos en una negrura tan densa y opresiva como la muerte. Teniendo en cuenta lo absurdamente agreste que era el panorama, no le habría sorprendido oír los cascos fantasmales del rey Arturo y sus caballeros perseguidos por el espectro de Mordred, o ver corriendo junto al carruaje a la Bestia de Bodmin, la fantástica criatura que, según se decía, se aparecía en aquellos parajes, con los ojos incandescentes y los colmillos al aire.

Dejó caer la cortina y al recostarse en los mullidos cojines sintió una inesperada oleada de euforia. El terreno abrupto y el clima implacable se conjugaban a la perfección con su actual estado de ánimo. Si lo que buscaba era alejarse de las comodidades y los encantos de la civilización, había elegido bien. Sólo el incómodo viaje

desde Londres habría bastado como penitencia para un hombre con menos pecados que él a sus espaldas.

En otro tiempo, tal vez su padre habría intentado disuadirlo de abandonar Londres. Pero cuando las habladurías acerca del duelo habían llegado a sus oídos, y a las páginas de sociedad de los diarios más escandalosos, el duque se había visto obligado a reconocer que tal vez fuera lo más conveniente para todos que Max se tomara un breve «descanso» lejos de la sociedad elegante. Aún no se había recobrado del golpe que para él había supuesto la dimisión de su hijo de su prestigioso puesto en la Compañía de las Indias Orientales. Hasta su madre, que aún no había abandonado la esperanza de que encontrara una nueva y más conveniente prometida, apenas había protestado cuando le había comunicado su propósito de marcharse a la finca más remota entre las extensas posesiones de la familia.

Si hubiera estado en su poder, Max habría renunciado de buena gana a su título, además de a su carrera. Ash se había quedado con lo que más había querido. ¿Por qué no cederle también el condado y convertirlo en heredero del ducado de su padre?

Al despedirse cariñosamente de él en el salón de su mansión londinense, sus padres no habían sido capaces de mirarlo a los ojos por temor a que viera, reflejado en su mirada, el alivio que ambos sentían por su marcha. Desde que sus pasadas faltas habían salido a la luz el día en que lo había dejado plantado su novia, demostrando así que no era el hijo perfecto que siempre le habían creído, Max se había convertido en un extraño para ellos, peligroso e impredecible.

A pesar de su empeño en abrazar los rigores de su exilio, sintió un destello de alegría cuando el carruaje abandonó el camino sembrado de baches y entró en un patio adoquinado. No era inmune a la tentación de estirar las largas piernas después de pasar horas, y días, sin fin confinado entre las cuatro paredes del carruaje.

Estaba recogiendo su sombrero, sus guantes y su bastón cuando el cochero abrió la portezuela, con la lluvia goteando sin pausa del ala caída de su sombrero.

—¿Hemos llegado a nuestro destino? —preguntó Max, prácticamente gritando para hacerse oír por encima del golpeteo rítmico de la lluvia sobre los adoquines.

—Yo sí —contestó secamente el cochero, cuya cara larga parecía capaz de resquebrajarse por completo si se atrevía a esbozar una sonrisa—. Yo llego hasta aquí. Tendrá que contratar a alguien del pueblo para que lo lleve el resto del camino.

—¿Cómo dice? Tenía la impresión de que habíamos quedado en que me llevaría a Cadgwyck Manor.

—Quedamos en que lo llevaría al pueblo de Cadgwyck —insistió el hombre.

Max suspiró. Su diplomacia había sido en tiempos legendaria, pero últimamente su reserva de paciencia se había agotado casi por completo.

—Si esto es el pueblo, la mansión no puede estar mucho más lejos. ¿No es más lógico que sigamos, en vez de pasar por la molestia de descargar mi equipaje para volver a cargarlo inmediatamente en otro vehículo? Sobre todo, con este tiempo.

—Yo llego hasta aquí. No pienso ir más lejos.

Max no estaba acostumbrado a que desafiaran su autoridad, pero cada vez estaba más claro que el taciturno cochero no pensaba dejarse convencer ni mediante la lógica, ni mediante las amenazas. Y puesto que no tenía a mano una estaca, un pelotón de fusilamiento o una pistola de duelo, comprendió que no le quedaba más remedio que apearse.

—Muy bien —dijo rígidamente, tirándose de los guantes.

Bajó del carruaje y se tiró del ala del sombrero hacia delante para protegerse la cara de las rachas de lluvia empujadas por el viento. Al erguirse se halló en el patio empedrado de una posada destartalada. Casi esperaba que la posada tuviera el nombre de «Purgatorio», pero en el mellado letrero que colgaba sobre la puerta, suspendido de chirriantes cadenas, se leía: «El gato y el ratón». Max sólo pudo esperar que el nombre hiciera referencia al descolorido gato negro con un ratón colgándole de la boca pintado en el letrero, y no al menú de la cena.

Saltaba a la vista que el establecimiento había conocido mejores

tiempos, pero el resplandor acogedor de las lámparas que salía por las ventanas prometía ser un refugio para el viajero cansado y calado hasta los huesos.

Max vio que los mozos del cochero amontonaban sus baúles bajo el saledizo del tejado, donde al menos se librarían de lo peor del aguacero. Supuso que debía dar gracias por que aquel chiflado no lo hubiera dejado en medio del páramo junto con su equipaje.

El cochero volvió a subir al pescante y se echó sobre el sombrero una capucha embreada para proteger su amargo semblante.

Debe de tener mucha prisa por escapar de este sitio, se dijo Max. Ni siquiera iba a quedarse el tiempo justo para cambiar de tiro o dejar descansar un rato a los mozos.

Cuando bajó la mirada hacia Max, las sombras ocultaban por completo su rostro, salvo el nítido brillo de sus ojos.

—Vaya usted con Dios, señor —dijo antes de mascullar para sí—: Le hará falta que Él le acompañe allí donde va.

Con aquella enigmática despedida, el cochero hizo restallar las bridas sobre el lomo de sus caballerías y el carruaje se adentró traqueteando en la oscuridad.

Max se quedó mirándolo bajo la lluvia. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo cansado que estaba. Su cansancio tenía muy poco que ver con las penalidades del viaje y mucho, en cambio, con los treinta y tres años precedentes. Años pasados persiguiendo un único sueño que se le había escapado entre los dedos, como el lacio cabello rubio de una mujer, justo cuando por fin lo tenía a su alcance.

Su semblante se endureció. No se merecía la piedad de nadie, y mucho menos la suya propia. Obligándose a sacudirse el hastío junto con las gotas de lluvia pegadas al capote de su gabán, se dirigió con paso firme hacia la puerta de la posada.

Entró en la posada acompañado por un tumultuoso remolino de viento, lluvia y hojas mojadas. La sala común estaba mucho más llena de lo que imaginaba para una noche tan inhóspita. Había más de una docena de clientes dispersos entre las mesas desiguales, la mayo-

ría de ellos acunando cervezas servidas en jarras de peltre. Max no había visto ningún otro carruaje en el patio. Dado que era el único establecimiento semejante en aquella comarca, seguramente los aldeanos se reunían allí por las noches para disfrutar de una pinta, o de tres, antes de buscar la comodidad de sus propias camas.

Una espesa niebla de humo de pipa pendía sobre la estancia. En el hogar de la chimenea de piedra crepitaba alegremente un fuego, y Max deseó de pronto ser un hombre corriente que pudiera permitirse el lujo de quitarse los guantes mojados y calentarse las manos al fuego para acto seguido disfrutar de una pinta y de un poco de amena conversación con sus vecinos.

Cerró la puerta de un tirón a su espalda. El viento protestó con un aullido al verse obligado a retirarse. Un violento silencio descendió sobre la sala mientras todos los hombres y mujeres de la taberna fijaban sus ojos en él.

Les devolvió una mirada despreocupada y sin rastro alguno de timidez. Siempre había tenido un porte imponente. Durante la mayor parte de su vida, no había tenido más que entrar en una habitación para establecer su autoridad sobre ella, un rasgo que le había sido muy útil cuando negociaba tratados de paz entre facciones rivales en Birmania o cuando afirmaba ante el Parlamento que los intereses de la Compañía de las Indias Orientales eran también los de la Corona. Notó que las miradas curiosas de la concurrencia se fijaban en la mullida lana de su gabán, con su capote doble y sus botones dorados, en la empuñadura de marfil de su bastón de paseo, que agarraba con la mano enfundada en un guante blanco, y en su bruñido sombrero de copa de piel de castor. Lo último que esperaban ver aparecer en la puerta los parroquianos de la taberna en semejante noche o en cualquier otra era, posiblemente, un caballero adinerado.

Les dio tiempo de sobra para que lo miraran de arriba abajo antes de anunciar:

—Busco alguien que me lleve a Cadgwyck Manor.

De pronto ya no lo miraba nadie. Los clientes de la taberna cruzaron miradas furtivas entre sí, se llevaron las jarras a los labios para ocultar la cara, o clavaron los ojos en las humeantes profundi-

dades de su estofado de cordero como si pudiera hallarse allí la respuesta a los misterios del universo.

Desconcertado por su extraño comportamiento, Max carraspeó enérgicamente.

—Puede que no me hayan entendido bien. —En su voz resonó una autoridad afinada por los muchos años que había pasado repartiéndole órdenes a tenientes jóvenes y petulantes y presidiendo reuniones a las que asistían algunos de los personajes más ricos y poderosos de Inglaterra—. Quiero contratar a alguien para que me lleve, a mí y a mi equipaje, hasta Cadgwyck Manor. Estoy dispuesto a pagar. Y a pagar bien.

El silencio se volvió aún más tenso, roto únicamente por el lúgubre retumbar de los truenos. Los aldeanos ni siquiera se miraron entre sí. Max observó sus rostros macilentos y sus hombros hundidos, fascinado a su pesar. Podría haberlos considerado fácilmente un hatajo de huraños pueblerinos que desconfiaban por instinto de los forasteros. Pero como hombre familiarizado con el cansancio de la batalla en todas sus manifestaciones, comprendió que sus movimientos nerviosos y sus miradas huidizas no eran resultado de la hostilidad, sino del miedo.

Una mujer a la que Max supuso la esposa del dueño de la fonda salió apresuradamente de detrás del mostrador, limpiándose las manos en el delantal manchado de cerveza. A juzgar por los atractivos hoyuelos de sus carnosas mejillas y por sus grandes senos, que amenazaban de manera alarmante con rebosar de los lazos del corpiño, había sido sin duda en su juventud una hermosa pechugona.

—Pero milord —dijo zalameramente, con una sonrisa un tanto demasiado cordial—, ¿por qué quiere volver a salir con la que está cayendo? Sobre todo teniendo aquí todo lo que necesita. ¡Pero si hasta tenemos un colchón y una habitación que puede alquilar para usted solo! —Su sonrisa se convirtió en una mueca lasciva—. A no ser, claro, que quiera compartirla con alguien.

Agarró por el hombro a una moza despeinada que atendía en la taberna y la empujó hacia Max. La chica esbozó una sonrisa coqueta que habría sido más atrayente si no le hubieran faltado los dos dientes delanteros.

Max sofocó un escalofrío al pensar en compartir un colchón infestado de pulgas con una moza de taberna que posiblemente también tenía pulgas, o algo peor, y se inclinó cortésmente ante ellas.

—Agradezco la hospitalidad de su excelente establecimiento, señora, pero vengo de Londres. No quiero malgastar otra noche en la carretera estando tan cerca de mi destino.

La mujer lanzó una mirada desesperada al hombre que sacaba brillo a una jarra de peltre detrás del mostrador.

—Por favor, señor, si hace el favor de esperar hasta mañana, le diremos a Ennor, nuestro chico, que lo lleve a la mansión. Y no permitiré que le cobre ni medio penique por las molestias.

Haciendo caso omiso de su oferta, Max paseó la mirada por la sala, calibrando a sus ocupantes con expresión hastiada.

—¡Tú, el de allí! —dijo por fin, dirigiéndose a un hombre gigantesco, con la cabeza reluciente como un melón y una tosca camisa que se tensaba sobre los músculos prominentes de sus hombros.

Estaba encorvado sobre una escudilla de estofado y no levantó la vista cuando Max se acercó a su mesa.

—Pareces duro de pelar, seguro que no renunciarías a una buena ganancia por culpa de unas gotas de lluvia y unos pocos rayos y truenos. ¿Tienes carruaje?

—No voy a ir. —El hombre se metió otra cucharada llena en la boca—. Antes de que salga el sol, no. A ella no le gustaría.

—¿A ella?

Max miró con desconcierto a la posadera.

Aunque se la veía perfectamente capaz de enarbolar un rollo de pastelera, no parecía lo bastante amenazadora como para tener atemorizado a todo un pueblo.

—A *ella*. —El hombre levantó por fin la cabeza y miró a Max a los ojos. Su voz sonó aún más retumbante que el trueno—. La Dama Blanca de Cadgwyck Manor.